

terio. Como el noble Fray Luis de León, helenista y profesor de Salamanca, como él, que entre polémicas con adversarios crueles y sufrimientos en los calabozos de la Inquisición, sublimaba su alma meditando en *Los nombres de Cristo* o imaginaba una pausa de serenidad en la áspera lucha cantando en luminoso verso castellano una platónica divina poesía.—*Roberto Meza Fuentes.*

SARMIENTO, por *Alberto Palcos.*

Antes de escribir este libro (1) Alberto Palcos había ya publicado interesantes estudios sobre el genio y la vida emotiva que lo habían confirmado en una aventajada situación entre la juventud intelectual argentina.

Aunque teñida de un carácter apologético desmesurado y enfático, que los lleva a veces a increíbles e inexplicables endiosamientos, los jóvenes argentinos han emprendido con entusiasmo la revisión de sus valores. De cada de una de las figuras representativas de la nacionalidad argentina podría señalarse una extensa y polémica bibliografía. Los muertos siguen riñendo combates pero benditas sean esas póstumas batallas si sirven, como lo esperamos, para orientación e iluminación de los vivos.

Sarmiento, figura continental, no sólo ha movido plumas y corazones argentinos en el anhelo de justicia que sienten cuantos, con respeto, se

(1) *Sarmiento. La vida. La Obra. Las Ideas. El Genio.* El Ateneo. Buenos Aires. 1929.

acercan a su figura inmensa. Personalidad tan llena de facetas deja huella profunda en la enseñanza, en las letras, en la política, en la milicia, en la diplomacia. Gran civilizador, tiene el heroísmo de desafiar el ridículo cuando, al declarar la guerra a muerte al gaucho, lo motejan de loco y excéntrico. Fuerza de la naturaleza, a despecho de sus desventuras conyugales tiene tiempo sobrado para consagrarlo al amor en medio de sus luchas sin tregua y sin cuartel.

¡Y qué contradictoria su vida! Perseguido por la tiranía escribe románticamente: «bárbaros, las ideas no se degüellan». Y otro día, ministro dimisionario, sintiéndose herido por la espalda en una encrucijada parlamentaria, exclama en pleno Senado:

Creo que esta será la última vez que hablo delante de una asamblea; puede decirse que es de ultra-tumba que lanzo la palabra.

Y la irrupción del exabrupto en el momento patético en que él mismo pone una lápida a su vida pública:

Se acabaron las contemplaciones: tengo las manos llenas de verdades, que voy a desparramar a todos los vientos para disipar los fantasmas y neblinas que asustan o enceguecen a la opinión pública.

El anciano glorioso ha dominado ya la vida argentina desde sus cumbres más altas: ha sido director de la enseñanza pública, legislador, ministro diplomático, presidente de la república. Después de la presidencia, senador, ministro y candidato a la nueva presidencia. Fanático de la libertad cuando lo perseguía el tirano,

no vacilaba en apelar a las medidas drásticas desde la gobernación de la provincia de San Juan o desde la Presidencia de la República. Y cuando se le cuelgue el consabido sambenito de la contradicción, él mismo varonilmente ha de sentenciar:

Réstame tan sólo descargarme personalmente de culpas de mal ejemplo o de malas doctrinas. ¡De cuántos errores no tengo que arrepentirme en cuarenta años de vida pública tan tormentosa en medio de vicisitudes tan extrañas, al calor excesivo de la acción unas veces, al hielo de las tiranías otras, tentado por la ambición o desencantado por la experiencia.

Ególatra de una egolatría sin límites, se proclama genio en medio de la tempestad de un debate parlamentario, desafía con viril arrogancia las rechiflas de la barra y un buen día asiste con un flamante uniforme de general a la europea al acto de la jura de bandera donde hay una multitud que se prepara a vejarse. Pero, cuenta el biógrafo, Sarmiento estaba tan convencido de sus virtudes militares que se impuso dentro de su traje marcial y los que iban a reírse del general Sarmiento debieron, mal de su grado, trocar su manifestación hostil en una ovación formidable.

No faltan los detalles pintorescos: promete un día en el destierro cruzar la cara con un latigazo a un coronel argentino que le ha sido desleal; una vez en la patria, lo cumple en el primer encuentro con el militar infidente. A un enemigo político le escupe la cara. En plena polémica periodística se da de bofetadas en la calle con su adversario. Siendo presidente corre en la sala presidencial tras un periodista

de la oposición hasta alcanzarlo y darle un puntapié, según las crónicas de la época. Poco le importaba que le llamaran «el loco Sarmiento» a quien tenía el orgullo ciego de su personalidad y de su obra.

El genio vale más que la humanidad entera: ahí está Colón, ahí está Bacon, en fin,

rugía en un debate memorable. Y subrayaba con infernal orgullo: «Yo soy don Yo.» «Todos los caudillos llevan mi marca.» Y a un senador que aprovechaba su sordera para reírse a sus espaldas, le dijo sin inmutarse:

No me hace impresión su risa aún cuando el otro día se puso el pañuelo en la boca.

Magnífico todo este primer libro que Palcos titula *La Vida-La Obra*. En el segundo (*Las Ideas-La Genialidad*) hace un ensayo de interpretación en el que, sin dejar de anotar sus reparos, leves por lo demás, proclama la genialidad de Sarmiento de acuerdo con sus ideas sobre el genio desarrolladas clara y ampliamente en un libro anterior. Y si fué animado el relato que nos hizo de la vida de su héroe, un cálido temblor cordial recorre las páginas que consagra a su interpretación. Destaca Palcos el juicio de Unamuno que fué el primero en España que dijo acerca de Sarmiento una palabra de justicia. Azorín ha comparado los *Viajes* de Sarmiento con las descripciones de Saint Simon. Pío Baroja, que siente un sincero desprecio por lo americano (hecho que no lamentamos ni juzgamos, sino que, por ahora, anotamos) encuentra que

Facundo «es un libro pesado, vulgar y sin interés».

Pero, discútanse lo que se quiera los puntos y las comas de su estilo volcánico, una sola cosa queda que es imposible destruir: su obra de civilizador. Tal es la enseñanza del generoso libro de Palcos. Y esa obra no es sólo argentina. Es una obra continental.—*Roberto Meza Fuentes.*

MORT DE LA PENSÉE BOURGEOISE,
por *Emmanuel Berl.*

A pesar de todas las objeciones que se puedan hacer y que se han hecho, sobre la poca concreción de sus fines creo que esta obra (1) está muy bien en cuanto simboliza un estado de disgusto y de incertidumbre general; un estado de extatismo o de cobardía que él llama *el conformismo*.

¿Qué es el conformismo? Es

... hacer surgir de la literatura los diversos medios por los cuales se pueda escapar de las ideas. Hacer de Dios un problema de exégesis, de la libertad un problema de psicología. Hacer del conocimiento un problema sociológico y de la moral un problema de historia.

El conformismo ha ido aún más lejos: ha hecho olvidar el verdadero papel del escritor en cuanto fué tenido por el diapasón a que se adaptaba un público. El autor se limita en su estudio al campo francés. Diseminados por ahí están los más sonados nombres de la actual literatura, y analiza cada caso con más o menos precisión. Pero esta

(1) Editado por Bernard Grasset. París, 1929.

situación no es exclusiva de la Francia y tal vez en ninguna tierra se palpa más aguda que en la tierra americana. Así no es extraña la resonancia que este libro haya tenido ni las críticas que haya suscitado.

André Chamson en uno de los últimos números de *Europe* hace un comentario en esta forma:

Berl ha cogido, con vehemencia, el sentido de nuestros más sinceros disgustos, de nuestras sublevaciones más legítimas. Les ha dado una corriente de una arrastrante violencia, y un nombre a todo lo que podemos detestar; un nombre sencillo que llama a la acción y a la revuelta: conformismo.

Pero agrega más lejos:

El fondo del espíritu de Berl. para el que le lee y para el que le conoce, es un horror de todo lo que es azo, fidelidad, adhesión a todo lo que es humano o natural. Los lazos del hombre con los otros hombres o las cosas, aparecen sin duda a Berl. como los gérmenes mismos del conformismo. De ellos nacerían todos esos conformismos y todo ese *Conformismo* que él ataca. Es, por así decir, una actitud de anti-conformismo puro, lógico y coherente, pero insostenible o más bien imposible de participar.

Para no citar el párrafo entero abreviaré diciendo que todo él tiende a la pregunta: ¿qué entiende Berl por lazos, amarras o fidelidades? En esto el comentarista tiene razón en el sentido de que una crítica encierra siempre tras ella una construcción y que a una construcción forzosamente hay adheridas personas, ideas e intereses. Y que es también verdad que el libro de Emmanuel Berl se limita a pintar una situación de malestar sin fe y sin par-

tidarismo por acción ninguna que llevara a remediar el mal. Pero en todo caso el lector desapasionado siente encarnado en Berl el tipo, poco corriente, del hombre que desea por honradez espiritual una amplia libertad, más allá de los lazos humanos. Los marxistas, por su parte, han atacado vigorosamente a este hombre que viene a colocarse fuera de las líneas, a pesar de su actitud revolucionaria, considerando que su inadaptable al dogma es sólo un acto de desesperado egocentrismo. En realidad Emmanuel Berl ha dado solo el primer paso, y, como él mismo reconoce, sabe adónde tiende pero no sabe adónde va. Pero ¿cómo no sentir que frases como ésta: «N'essayons pas de tricher avec la solitude» está muy bien que se digan y hasta que se griten a voz en cuello? ¿No es ese el mal moderno, la fuente de gangrena de hombres y países? El miedo de quedarse solo. Miedo al fracaso de hoy, sin fe en la victoria de mañana. Cobardía para hacer de nosotros mismos el leño y la llama al mismo tiempo. Horror a sacudir situaciones que no tienen una razón de ser ni perpetuarse.

Et la trahison du penseur—dice Berl—ne peut commencer que là où il ne pense plus.

Y más allá:

Une idée ne devient une trahison que si elle est maintenue par la paresse et par la peur.

¡Pereza de pensar! ¿Es que acaso tenemos otra enfermedad más acentuada?

El intelectual—dice más lejos—lleva el cráneo entre las manos como San Dionisio: tiene miedo de que sea un explosivo peligroso.

Y no hay peligro de que estalle ya que está, generalmente, descargado. El intelectual de este momento escribe y actúa como pudo cocinar o salir de compras, y cuando llega a hacerlo con un cierto sentido de responsabilidad, rara vez éste responde a una actitud. Por ejemplo, es muy frecuente oír decir, circunscribiéndonos a un determinado campo: «Yo no soy político», como si se tratara de una cuestión de especialización, cuando sólo se pide una actitud ante la vida. Existen ciertas líneas directivas que atraviesan todos los terrenos ideológicos y en las cuales tienen que encontrarse todos los individuos, aún de ideas antagónicas, que las han seguido. Pero en general se buscan los caminitos transversales: pequeñas disculpas que cada cual se da a sí mismo para explicarse el distinto itinerario.

Se puede ser de uno u otro campo; negro o blanco, pero no hay derecho a ostentar las dos escarapelas según las circunstancias. Este es un pecado odioso en cualquier hombre, y en un intelectual es imperdonable. Es preciso pensar que en el primero se disculpan o mejor dicho se explican las acciones como efecto de incultura o de inconciencia. La vida diaria y mecánica arrastra a los hombres sin darles tiempo para reflexionar sobre las causas de los acontecimientos, pero el intelectual que hace del estudio una profesión si no llega a mejores resultados sólo puede ser a causa de pobreza moral o cerebral. En ambos casos es nulo y fatal a la sociedad. Pen-

semos en tanto país que no se miró jamás como perdido, a pesar de la fuerza desplegada en la represión externa, porque se sabía la existencia de una corriente ideológica pura y clarovidente. Pero cuando con fatalismo oriental se aceptan los hechos consumados se puede ya decir que se trata de algo muerto: muerte de una cultura, de una ideología, de un estado social y de una época. Y lo que en todo esto constituye la mayor tragedia no es la muerte misma—ella es en la historia un proceso lógico y necesario para la renovación y la marcha hacia la vida—sino en cuanto hoy, en América, no significa un desplazamiento. Tras de ella no se divisan sino las capas y capas de tierra destinadas a cubrirla. Y es natural: lo que desaparece es algo que no había aún madurado ni sufrido una depuración. No hubo tiempo de afirmar lo que se pudo desarrollar mañana. Y así también mañana vendrán todos los que olvidan que los problemas están relacionados con la hora a poner en pie lo que debió vivirse sólo ayer y que fué impedido por uno de esos paréntesis absurdos que sufren los pueblos y los hombres. Vivimos con demasiada inconsciencia y lentitud perdiendo el tiempo tras los eternos caminitos que no llevan a ninguna parte.—*Marta Vergara.*

POLITICA

LAS DICTADURAS, por *Francisco Cambó.*

La literatura política de lengua española debe al financista y político

Atenea.—34

catalán don Francisco Cambó muchas contribuciones importantes. *Las Dictaduras* (1), que es el último libro de Cambó que ha visto la luz pública, es un nuevo aporte, y no el menos valioso.

En doscientas cuarenta páginas el autor trata un tema vasto y que en realidad podría dar motivo para extensísimos tratados. La brevedad del trabajo impone al libro de Cambó un carácter un poco superficial que no invalida en realidad ninguna de sus afirmaciones pero que se le hace notar al lector por el natural apetito que éste siente de conocer más todavía sobre el candente asunto. Cambó no trata en particular en su libro de ninguna dictadura actual, aún cuando muy frecuentemente llegan hasta su pluma los nombres de Turquía y Mustafá Kemal, Italia y Mussolini, Polonia y Pilsudsky, Rusia y Stalin, y en contraste con ellos, España y Primo de Rivera. Para el autor la dictadura es un fenómeno aparentemente opuesto al devenir político de hoy, puesto que todos los movimientos constitucionales surgidos de la guerra (formación de nuevos países, emancipación de Irlanda, etc.) han significado, por lo menos en la letra de las disposiciones fundamentales, un «reverdecimiento de la democracia». En un capítulo titulado *En qué países aparecen las dictaduras* el señor Cambó toca la esencia del problema al estudiar, con estadísticas a la vista, los rasgos decisivos de los países europeos (son los únicos que entran en su panorama) en que la dictadura ha sentado sus reales.

(1) *Las Dictaduras.* Madrid, Espasa-Calpe, 1929.